

Montserrat Ordóñez

Soledad Acosta de Samper y los terrores del año 2000

¿**Q**uién es Soledad Acosta de Samper y qué tiene que ver con el año 2000? Esta escritora colombiana, la más importante del siglo XIX y una de las más famosas y prolíficas de América Latina, vivió casi ochenta años, del 5 de mayo de 1833 al 17 de marzo de 1913, muy lejos del siglo XXI. Escribió sin interrupción toda su vida: periodismo, traducciones, crónicas de viaje, novelas románticas y sentimentales, cuadros de costumbres, crítica literaria, cartas, teatro, novelas históricas, biografías, obras de ensayo, además de dirigir y en ocasiones redactar casi en su totalidad al menos seis revistas, de uno o dos años de duración cada una. Sin embargo, su importante aporte a la literatura, al periodismo y a la historia del país aparece como marginal en la historiografía colombiana, que pocas veces la menciona y no la ha reeditado sistemáticamente.

Con el propósito de remediar en algo el olvido en que está la obra de Soledad Acosta de Samper, durante el año de 1999 hemos llevado a cabo en el Departamento de Humanidades y Literatura de la Universidad de Los Andes, gracias a la financiación de Colciencias, la investigación “Soledad Acosta de Samper y la construcción de una literatura nacional”. Parte de los objetivos del proyecto ha sido revisar la primera etapa de su narrativa (1859-1876), cuando escribió excelentes obras que nos hacen cuestionar la literatura colombiana de la época, entre las cuales destaca su libro *Novelas y cuadros de la vida suramericana* (1869). Revisando los periódicos y las revistas de ese lapso, en Bogotá y en Lima, hemos ubicado gran cantidad de textos suyos, escritos con los seudónimos Andina, Bertilda, Aldebarán, Renato y Olga. Y si es difícil que alguien se atreva a asegurar que la bibliografía sobre un autor del siglo XIX resulta definitiva, en el caso de Soledad Acosta esto es aún más cierto: en

todo este proceso ha sido importante evaluar las sorpresas, los descubrimientos, las contradicciones, las informaciones incompletas y equivocadas, y aprender a vivir con dudas, interrogantes no resueltos y datos en permanente cuestionamiento.

La historia de “Una pesadilla”

Soledad Acosta publicaba sus textos en muchos periódicos y revistas diferentes de la época. Como tantos otros de sus contemporáneos, los volvía a editar, idénticos o con cambios, en otras publicaciones o en libros. Su caso fue especial, porque tuvo acceso a todas las revistas de entonces, publicó muchísimo en los periódicos que dirigía su esposo, José María Samper, y además dirigió sus propias revistas, en las cuales reimprimía con toda libertad muchos de sus materiales ya publicados. A veces menciona las impresiones anteriores, pero no siempre: con frecuencia realiza nuevos experimentos, entre ellos poner esos textos en boca de otros hablantes o integrarlos a una nueva novela y organizar una estructura episódica diferente, como en *El corazón de la mujer* (1868, 1869, 1887), *Episodios novelescos de la historia patria* (1870, 1887) o bien *Anales de un paseo* (1870, 1872, 1878-1880). Este sistema de escritura y publicaciones hace muy difícil establecer una bibliografía definitiva de su obra, objetivo que sólo se podrá alcanzar con muchos investigadores responsables y a muy largo plazo.

El caso de “Una pesadilla” pertenece a esta historia de republicaciones y refundiciones. En 1872 aparece en *El Bien Público* del 3 de mayo, en la Sección Literaria, un artículo titulado “Una pesadilla”, fechado en “Abril de 1872” y firmado por Aldebarán. Hay que anotar que *El Bien Público*, con el subtítulo “Periódico político, literario, noticioso y de ciencias, industria, comercio, estadística, costumbres y variedades”, apareció del 29 de julio de 1870 al 6 de agosto de 1872, redactado por José María Samper y José M. Quijano Otero, y en él editó Soledad Acosta de Samper novelas importantes y muchos artículos y traducciones. En la revista *La Caridad* (subtitulada “Correo de las aldeas. Libro de la familia cristiana”) reapareció este texto, idéntico y con el mismo título: “Una pesadilla” (*La Caridad*, VIII, 9, del 11 julio de 1872, pp. 131-135), firmado también por Aldebarán. Siete años después, en la primera revista que dirige, *La Mujer* (subtitulada “Lectura para las familias. Revista quincenal. Redactada exclusivamente por señoras y señoritas bajo la dirección de la señora Soledad Acosta de Samper”), lo reproduce con pocas variantes e iguales título y firma (*La Mujer*, I, 8, 1879). En la segunda edición de *La Mujer* (subtitulada “Lecturas para las familias. Segunda edición abreviada. Artículos y novelas escritos

exclusivamente por la señora Soledad A. de Samper”), aparece “Una pesadilla”, firmada por S. A. de S. y fechada en “Abril de 1872” (*La Mujer*, Segunda edición, I, 1880, pp. 168-171).

Entre esos años y el fin de siglo, la vida y la escritura de Soledad Acosta de Samper cambian profundamente, así como cambia la situación política del país. Este texto, sin embargo, parece contener obsesiones que la persiguen y que ella decide reelaborar casi treinta años después, a sus setenta y dos años. Ya muy reescrito, lo publica bajo el título “Bogotá en el año de 2000” en el primer número de su revista *Lecturas para el Hogar* (con el lema “Revista literaria, histórica e instructiva, redactada exclusivamente por Soledad Acosta de Samper”), la cual aparece mensualmente a partir del 1º de marzo de 1905 (*Lecturas para el Hogar*, I, 1, pp. 50-59).

Como estas cinco versiones identificadas (y tal vez no son todas las que se publicaron) resultan difíciles de consultar y cotejar, y como su lectura comparada se presta a muchas interpretaciones sobre el momento de la vida de la autora y las distintas situaciones históricas de Colombia, vale la pena presentar aquí por lo menos las variantes más significativas, sin complicar excesivamente el aparato filológico, identificándolas cuando es necesario como *BP* (*El Bien Público*, 1872), *LC* (*La Caridad*, 1872), *LM 79* (*La Mujer*, 1879), *LM 80* (*La Mujer*, Segunda edición, 1880) y *LH* (*Lecturas para el Hogar*, 1905). Los originales se encuentran en las publicaciones respectivas, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca Luis Ángel Arango. El texto que aquí se reproduce es el de 1905, tomado de *Lecturas para el Hogar*, con la ortografía y la puntuación modernizadas. Entre corchetes ([]) se indica lo que no aparece en la primera versión que conocemos de *El Bien Público* (1872), y entre líneas diagonales (//) los pasajes reescritos. Sólo se anotan algunas variantes significativas y los párrafos reelaborados o eliminados de la versión de 1905.

La lectura de los terrores

Soledad Acosta es una autora que se caracteriza por la versatilidad de voces e identidades, como si hubiera construido su identidad asumiendo y reflejando otras muy distintas de la propia. Aunque su ideología es conservadora y católica, fascinan las contradicciones que es capaz de expresar en personajes que presentan de modo convincente y verosímil aspectos de la vida que como escritora podía intuir, entender y describir, pero que seguramente en su vida diaria y consciente no habría podido compartir. Sus personajes representan las preocupaciones de la autora y de la época con

respecto a conflictos y procesos como educación, herencia, viajes, amor y matrimonio, infidelidades y engaños, enfermedades, muerte, crímenes, guerra y violencia. Pero su voz autorial también puede volverse moralista y clasista, envolviendo así sus textos con una resistente membrana que los ha hecho impenetrables, como los de tantos otros autores y autoras del siglo XIX. Estamos por fin, y por suerte, en un momento de la historia y la crítica de la literatura que nos ha enseñado a hacer lecturas que van más allá de lo obvio y nos descubren entrelíneas, ambigüedades y miedos. Y con esta actitud crítica podemos leer un texto aparentemente reaccionario, como “Una pesadilla. Bogotá en el año de 2000”, de Soledad Acosta de Samper, y situarlo en una perspectiva más justa y adecuada.

Entre todos los escritos de Soledad Acosta que hemos encontrado, y que en alto porcentaje nos parecen excelentes, este texto es muy desconcertante y no necesariamente el más representativo ni el que nos gusta más. Tampoco es uno de los más ambiciosos de la autora. Es más bien una historia curiosa, una de las muchísimas que escribió, en la que mezcla fantasía, humor y moraleja. Y resulta interesante que la considerara vigente y digna de ser reescrita y releída tantos años después.

El detonante de su reflexión es el cambio de siglo: el XX en la primera versión, el XXI en la última. ¿Cuándo empezamos a pensar en el año 2000? Parece que a muchos, incluidos los programadores de computación, nos ha cogido por sorpresa. Y bastante fuertes eran las sacudidas políticas, culturales, artísticas y tecnológicas a principios del siglo XX, para que alguien tratara de imaginar el XXI, fuera de los escritores de ciencia ficción, con sus versiones de utopías y distopías. Por eso es tan extraño encontrar en la obra de Soledad Acosta de Samper esa preocupación por el futuro lejano, que imagina mezclando sueño y ciencia ficción.

Hay cierta indecisión respecto a la voz narrativa, que en las versiones de 1872 era claramente masculina: Aldebarán, su seudónimo, representaba a un hombre, un pensador, como lo explica en una columna de 1868 en *El Hogar*. Pero en 1879, cuando en *La Mujer* publica “Una pesadilla”, ya firma “S. A. de S.”, y la voz narrativa que despierta después de la pesadilla es femenina. Sin embargo, el protagonista del sueño, el personaje testigo en quien se proyecta, es masculino en todas las versiones, fuera una mujer o fuera un hombre quien lo hubiera soñado. Esta indefinición y esta multiplicidad de géneros, frecuente en la obra de la autora, le permiten crear con mucha más libertad conciencias distintas de la propia. Así, si ella tiene que mantener una identidad moral y monolítica, sus creaciones pueden vivir y decir todo lo prohibido, aunque alguna señora se desmaye y grite: “¡Jesús, mil veces!”.

El sueño está dividido en dos grandes escenas: la visita de las sirvientas y la procesión del Instituto de la Alegría, eventos que canalizan la confusión sobre el significado del progreso y de la libertad, sobre los conflictos de valores, sobre los efectos del desarrollo de la educación, la ciencia y la tecnología. Las dos ilustradas damas con nombres de flores encarnan todos los terrores ante la emancipación de la mujer, más la posibilidad de quedarse en el futuro sin servicio doméstico, un pánico de clase que une a ambos sexos. La procesión del Instituto de la Alegría plantea cuestiones de ética civil: nuevas religiones, fundamentadas en la adoración de sí mismos, y el triunfo del egoísmo, del dinero, de la corrupción y la injusticia.

En los episodios se intercala una serie de reflexiones sobre el progreso y la civilización. A Soledad Acosta siempre le interesaron muchísimo la ciencia y los descubrimientos, así como la política. En "Una pesadilla", la ciencia y la técnica han traído maravillas: la máquina alada, relojes eléctricos, timbres con voces, rascacielos, pavimentos de mármol en las calles de Bogotá, aunque la decoración y la moda sean aún finiseculares. Las comunicaciones se hacen con globos y cada vez son más veloces. Las guerras de la mitad del siglo XIX han servido para descubrir que la pólvora puede controlar el clima. Hay armas que pueden destruir el mundo. En 1872, la autora se muestra más interesada en la política y en el conflicto entre civilización y barbarie. En 1905, la preocupan los artistas finiseculares y los filósofos, la política internacional y la intervención de los Estados Unidos de Norte América (Soledad Acosta estuvo en contra de la separación de Panamá e incluso organizó marchas, a sus setenta años, que fueron ridiculizadas). En 1872, anuncia una república democrática en Rusia; en 1905, el fin del zar y un imperio dictatorial y genocida en los Estados Unidos. En ambas versiones, los terrores son la educación de la mujer, el racionalismo, el socialismo, la educación laica del Estado. El resumen del miedo es la igualdad de clases y sexos y la emancipación de la mujer, representada en el sufragio y el amor libre, pero también el egoísmo y la búsqueda del propio beneficio.

La pesadilla termina en terremoto (ocasionado en 1905 por la llegada del periódico...) y en las reflexiones sobre el castigo apocalíptico por la falta de educación religiosa y de fe en Dios. Sería difícil pedirle a Soledad Acosta una conclusión menos tradicional, cuando todavía es una respuesta muy frecuente luego de cien años. Al menos la autora resuelve el fanatismo con humor y puede reírse de sí misma, de sus proyectos y sus terrores, cuando es capaz de escribir escenas que parecen probar el fracaso de la educación de la mujer, una de las tareas a la cuales dedicó su vida con más persistencia, junto con el de la libertad política e individual, otra de sus grandes

obsesiones, muy acorde con todo el siglo XIX latinoamericano. En 1856 José María Samper y Soledad Acosta dieron a su primera hija el nombre de Bertilda, anagrama de “libertad”, y Soledad usó el seudónimo Bertilda en muchos de sus primeros escritos. Pero, según el texto de “Una pesadilla”, en 1905 la libertad ha llevado al ensimismamiento, ese centrarse en sí mismo que ignora al resto del mundo, y éste seguirá creciendo, a tal punto que se verán “ciudades solitarias y sepultadas entre la arena de los siglos”. Estas predicciones de Soledad Acosta de Samper nos hacen pensar en el Macondo apocalíptico, borrado de la faz de la tierra, que Gabriel García Márquez imaginó, a su pesar, en 1967. El futuro traerá cambios, pero no será mejor, nos dicen. Y el apocalipsis, el viento y el fuego, la muerte individual y colectiva, son aún las pesadillas del siglo. Entre líneas, entre tiempos, entre siglos, esta autora perdida nos dice cómo convertir los miedos en sueños y cómo reírse de ellos.